

SEMANAL

DOMINGO 16 DE SEPTIEMBRE
DE 1984. NUMERO 156

Diario 16



Historia de la transición

La
rendición
de ETA(pm)

Perdidos en un pequeño rincón de la selva peruana, los braceros luchan durante meses para rescatar del lodo unos gramos de oro que cambiarán por cerveza.

En las quebradas que alimentan el río de la Boa, los notivos siguen explotando, en condiciones infrahumanas, los yacimientos de oro de los incas. Tratados como esclavos, alimentados con lo que pueden encontrar en la selva, rastrean el barro para rescatar, tan sólo en el departamento Madre de Dios, 175 kilos de oro mensuales. Nuestro enviado especial cuenta en primera persona la aventura de un viaje lejos de los caminos turísticos habituales.

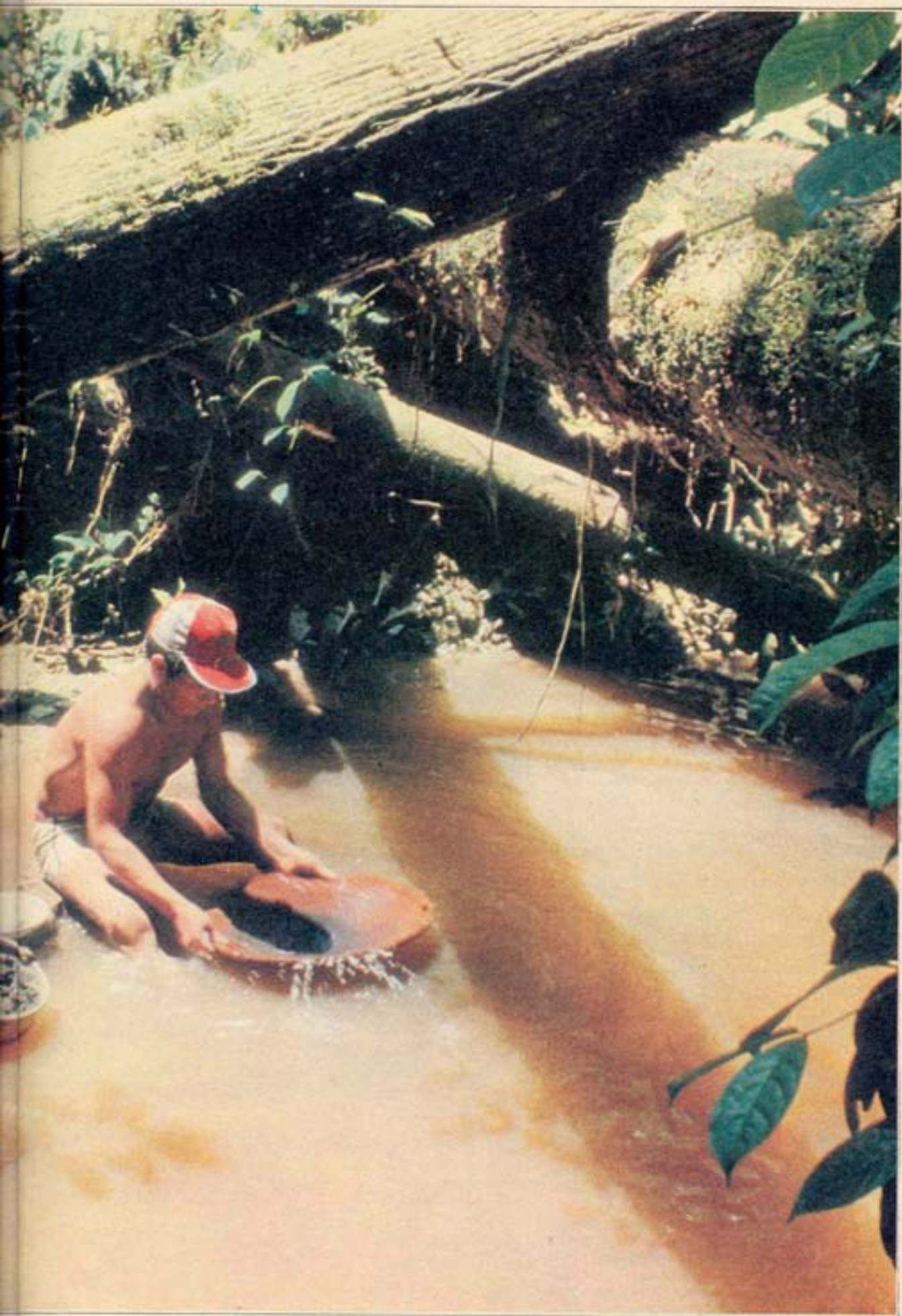


Viaje alucinante
a las quebradas peruanas del
río de la Boa

El maldito oro

Un reportaje de
Julio F. Brun
(Texto y fotos)





Los peones son contratados en Puno, Arequipa o Juliaca por tres meses. Luego los endeudan para obligarles a seguir con ellos toda la temporada. Muchos son contratados a latigazos sin más alimento que arroz hervido y plátanos. Las jornadas en el río son interminables.

USTED sabe de algún colectivo que llegue hasta Shintuya?

—No hay, hermano. Pero mañana... viernes..., sí; de repente mañana sale algún camión del mercado de frutas. El de la calle Huascar.

—¿Y hoy no saldrá ninguno?

—No, compadre. Hoy es jueves y llegan a Cuzco. Mañana toca ir en el otro sentido. Es que la carretera es tan chica a su paso por los Andes que no permite que se crucen dos carros. Así es que los martes y jueves para acá y los miércoles y viernes para allá.

Después de cargar con parsimonia una treintena de sacos de cemento, dos cilindros de keroseno y otro más de gasolina, el camión se pone en marcha. Todos, incluido el comerciante de colchas, se santiguan varias veces y mascullan oraciones protectoras.

Una joven madre, las trenzas unidas en su espalda y tocada con el habitual sombrero de alta copa blanca, descubre el pecho a su *chollito*. Sin embargo, el gélido viento andino nos hace pegarnos a las paredes, enfundados en *frazadas* y ponchos multicolores, mientras el Dodge ensarta las nubes que se encuentran prisioneras entre cimas de más de 4.500 metros. No es precisamente el mejor momento para que se funda un faro, pero tampoco lo fue cuando, más tarde, pinchamos aparatosamente una rueda del tandem trasero, ya descendiendo hacia Paucartambo, y bordeando una cor-

En Shintuya acaba la carretera y con ella la civilización. Es como una ventana que el Gobierno peruano tiene junto a la selva: se puede abrir, mirar y sentir el frescor de la jungla. Pero no se debe pasar. El padre dominico José Álvarez fundó aquí, en 1958, una misión para agrupar a los *mashcos*, *matchiguenka* y *amaracairs* dispersados por el terror de los *machadiños* y el Winchester 44. Carlos Fermín Fitzcarrald, rey del caucho, había profanado la paz del río de la Boa, el Amaru-Mayo de los incas y actual afluente del Amazonas Madre de Dios. Las sangrientas *correrías-safaris* que los caucheros hicieron bajo la fiebre del blanco líquido llenaron de odio a los indígenas que no cayeron abatidos por sus palos de fuego ni fueron hechos prisioneros ni luego vendidos como esclavos por 200 ó 300 soles. Se escondieron en las, desde entonces inexpugnables, quebradas del Tambopata, Inambari, Colorado. Masacraban al blanco que osaba surcar estos ríos. Sólo más tarde, cuando el *apaktone* José Álvarez, después de varios intentos fallidos e inenarrables dificultades, contactó pacíficamente con ellos, supieron que en el exterior se les conocía con el injusto apodo de *mashcos*, abreviatura del vocablo brasileño con que se denomina a los cuchillos usados para arrancar el líquido a los árboles caucheros. Ellos le dijeron: «Nosotros somos pacíficos y vivíamos en paz. Al que venga a molestarnos le mataremos.»

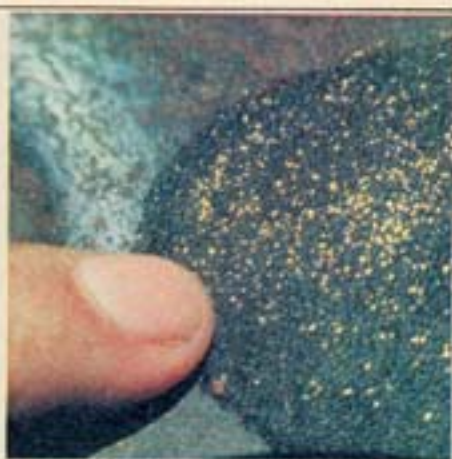
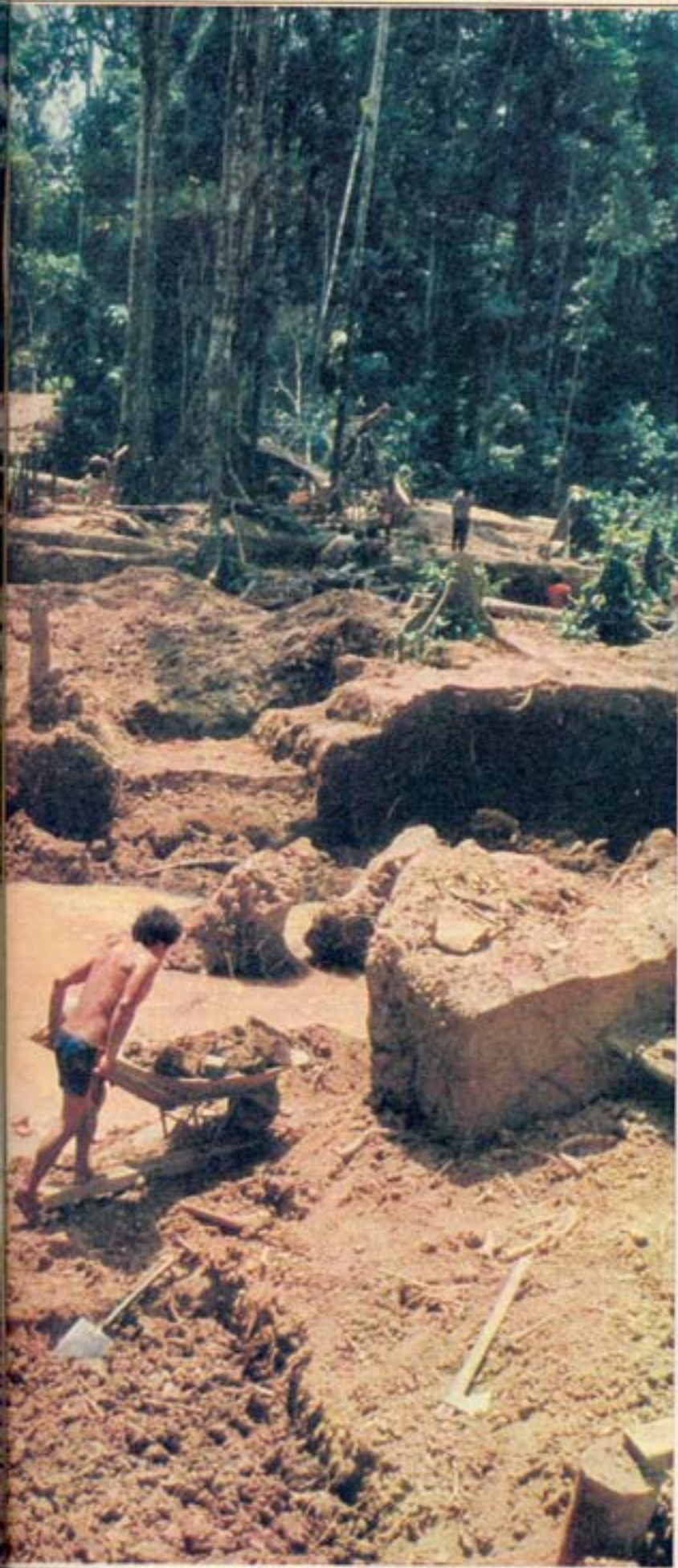
Shintuya es hoy un poblado

Con el camión bizco y cojo nos introducimos, ya de noche, en la fastuosa selva amazónica escoltados por cientos de luciérnagas que vuelan sobre nuestras cabezas.

nisa por cuyo lado izquierdo tendría una oportunidad de rezar todo un rosario antes de quedar abrazado, justo en el amén, a cualquier tierno peñasco. Así es que con el camión bizco y, a falta de gato, cojo, nos introducimos ya de noche en la fastuosa selva amazónica escoltados por cientos de luciérnagas que vuelan sobre nuestras cabezas con sus panzas encendidas.

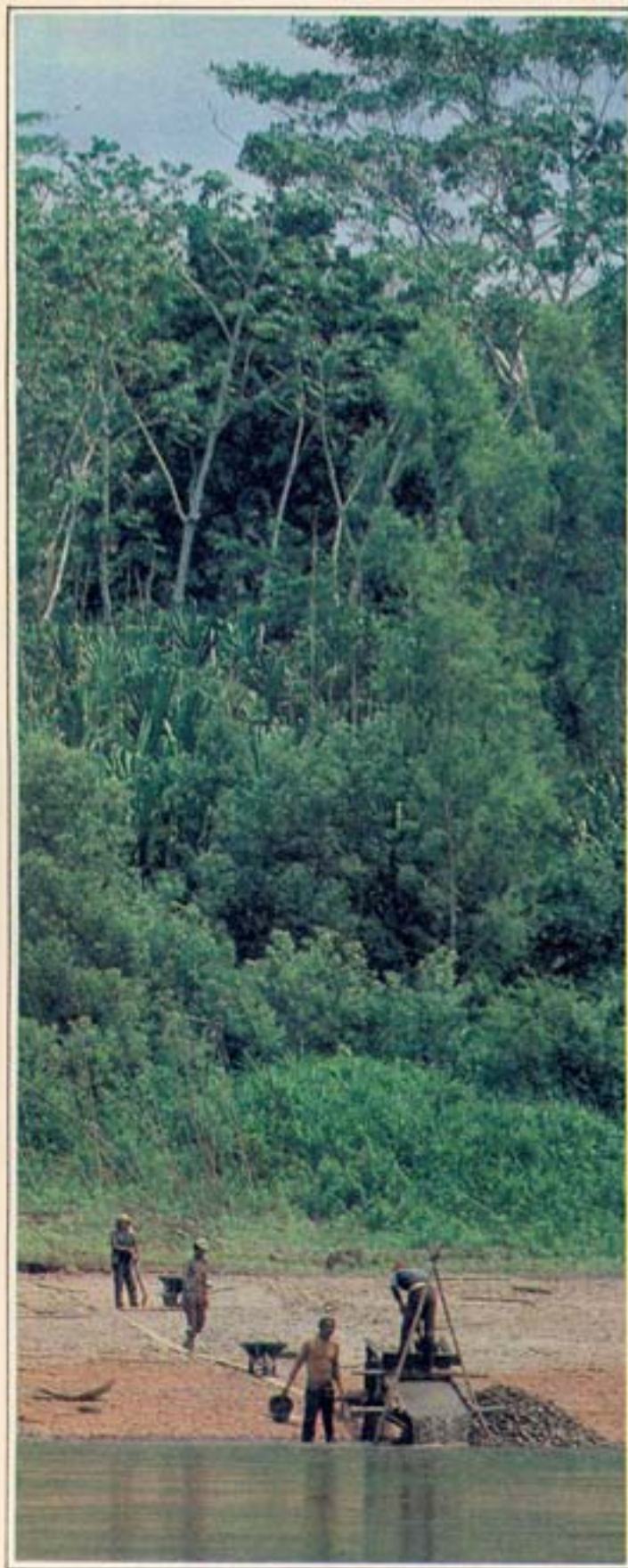
de cabañas que agrupa a un centenar de *mashcos* y *matchiguenkas* junto a la misión donde el dominico asturiano Ignacio y el zamorano fray Luis intentan amortiguar el ya inevitable choque entre la flecha emponzoñada, lanzada por arco de chonta, y la no menos emponzoñada chapa escupida por la botella de Coca-Cola. Quizá antes se emborracharan mascando, escupiendo y, lue-





El sistema de extracción de oro es muy rudimentario. Hay que hacer un pique en el lecho del río para ver si la zona puede resultar rentable. Luego vienen las tareas de frotación, bateado y foguero. El mercurio es fundamental para formar amalgama con el oro.





De diez a veinte gramos diarios de oro extraen los ocho cholos que contrató el «Mantecas» para la explotación del río Colorado. Los nativos le han cedido la playa a cambio de herramientas.

go de fermentar, bebiendo chicha, pero ahorita tienen *cualquier cantidad* de buena cerveza cuzqueña a su alcance y siempre que les apetezca, lo que, como es lógico, ocurre muy a menudo. En cuanto a la religión, costará varias generaciones desembrollar la madeja bicolor: «El Supay (diablo) es el hijo mayor de Apu Jesucristo y de la Pacha-mama (Virgen María). Jesucristo creó a la gente antigua, es decir, Adán, al que sacó una costilla, la más chiquitita, de la cual hizo a Eva, pero ambos no se hablaban. Entonces Dios echó un piojito e iniciaron la conversación. Al ver esto el Supay pidió que para él le hiciera gente, y entonces Jesucristo creó los sapos, las culebras, los lagartos y los pikis (pulgas).»

Las cataratas, los inconta-

con la vieja y ésta intentando salvar su mercadería, grotescamente cuadrada sobre la proa y con un plato de porcelana desconchada que unas veces utiliza para arrojar el agua por entre las piernas con flexiones rápidas de su cintura y otras para amenazar al cielo blandiéndolo con rabia sobre su cabeza.

De repente, la canoa hace fondo y quedamos inmóviles en el centro del río esperando que de un momento a otro se cruce y la fuerte corriente nos volteee. Yo, abrazado al amasijo de bolsas de plástico que contiene mi preciado equipo fotográfico japonés, salto al agua para evitar que la canoa me aprisione. Mientras multitud de objetos me golpean las piernas sólo pienso en las fauces de las pirañas, las dos púas córneas con las que las rayas

De repente, la canoa hace fondo y quedamos inmóviles en el centro del río, esperando que la fuerza del agua nos volteee. Salto fuera para evitar que la corriente me aprisione

bles árboles hundidos, cuyas ramas cimbrean peligrosamente sobre la superficie, animadas por la fuerte corriente, y el bajo curso del Alto Madre de Dios en la estación seca, son razones de suficiente peso para que contadas canoas estén dispuestas a cubrir los tres días de descenso que lleva bajar al Colorado. Después de cuarenta y ocho horas de búsqueda infructuosa aparece una vieja mestiza con algún dinero y bastantes mercancías. Contrata una canoa con motor Peque-Peque que da sólo catorce caballos, pero mete el ruido de toditos los del Apocalipsis, y nos acepta como pasajeros, previo pago de siete mil soles, a dos patas buscadores de oro y a mí. Partimos temprano con la canoa llena de cerveza cuzqueña, pan y trapos varios para los nativos. Todos se santiguan, besan el agua y, como el cielo amaneciera lleno de gruesos nubarrones, la vieja da, además, cortos soplos en todas las direcciones para alejarlos. Pasados sólo unos minutos, comienza a caer una lluvia torrencial como si de una confrontación personal se tratara. El cielo empecinado

agujerean a quien las pisa y en la inmensa boca de los zabalos de más de doce kilos. Es una suerte que lleváramos gallinas y que éstas tengan tan merecida fama de bulliciosas.

Ya de noche llegamos al poblado de Diamante, en cuya pedregosa playa tengo el honor de haber perdido el tiempo intentando dejar lisos dos metros cuadrados, espacio mínimo vital donde depositar mi maltratado cuerpo, tan cansado que no habría de moverse hasta bien entrada la mañana. Para entonces, ya había vendido la vieja mestiza las pocas gallinas que había conseguido salvar de las pirañas.

Una veintena de cabañas construidas de pona y caña brava, y elevadas un metro del suelo por seis pies de chonta, aparecen ante mis ojos al doblar uno de los numerosos meandros que el río de la Boa esculpe sobre la densa selva amazónica. Todos los días, y a medida que el Sol busca su ocaso, los moscos, los zancudos y la terrible manta blanca van tomando posiciones en las orillas del río. Tenemos que abandonar rápidamente la canoa más por temor a las bofe-



Con un amasijo de entrañas de pollo como carnaza pescamos un zábalo de 13 kilos. Arriba, un mono asado, únicas proteínas para añadir a la dieta de arroz hervido.

tadas que uno mismo se propina que por miedo a sus inevitables picotazos. Mientras asciendo por la terraza, libre de agua en la estación seca, se amontonan en mi mente frases oídas en Cuzco y Lima referentes a Boca de Colorado:

—Andate con cuidado, que se dice que ha llegado la mafia de Arequipa.

—Aunque te ofrezcan oro a bajo precio no lo compres. Luego te lo robarán.

—Cuidado con los indígenas, que andan revueltos.

Necesito confirmar o refutar estos rumores lo antes posible, así que, con los ojos y oídos sensibilizados a tope para no perder ripio, me voy acercando, ahora sin prisas, hacia las primeras cabañas. Parece que no hay ni viejos ni mujeres. No se ve iglesia, Ayuntamiento, farmacia u otro organismo estatal, salvo una sucursal del Banco Minero del Perú que, para mi asombro, está construida también de madera. No hay duda, me encuentro frente a un poblado fantasma que brotó aquí con la rapidez de un hongo cuando se descubrió el polvo de oro que el río Colorado roba quien pudiera saber dónde, luego transporta a través de sus peligrosos rápidos y se deposita finalmente, cuando sus aguas lamen las tranquilas playas escondidas al abrigo de la jungla.

Sí. Las primeras observacio-

do el oro que nos robásteis y ahora venís a jodernos de nuevo? (Es obvio que está ebrio... A ver cómo salimos del trance... Esto yo ya lo tenía previsto...)

—Si se refiere al pasado colonial, todas las civilizaciones que algún día brillaron fue a costa de una explotación más o menos subterránea de otras me...

—Deja la mierda donde está. Me refiero a ahorita. El misionero de Puerto Luz se queda con el oro de mis compañeros y se lo lleva en avioneta —mientras planea grotescamente con los brazos a modo de gaviota mutilada— a España.

—Yo no he oído nada. Acabo de llegar y...

—Pues sí. Ese chanchito les vende las escopetas del dieciséis por cincuenta gramos de oro, y no valen más de dieciocho.

—Mire: yo soy periodista y he venido aquí a informarme de este tinglado. Lo que me acaba de contar me interesa, y voy a intentar confirmarlo. ¿Me dice su nombre?

—Marcos... —un poco molesto por los codazos que disimuladamente le propina su acompañante, que parece haber chupao menos... Marcos Patiachi. Y soy el jefe de la comunidad de Banco de Colorado. ¿Te enteras, gringo?

Más tarde, a mi paso por Puerto Maldonado, monseñor

Andate con cuidado, ha llegado la mafia de Arequipa. Aunque te ofrezcan oro a bajo precio, no lo compres, luego te lo robarán. Cuidado con los indígenas, andan revueltos.

nes son un poco inquietantes, pero no es cosa de retroceder.

Me dirijo hacia la *Pensión del Mantecas*, cuyo nombre inspira afabilidad a la vez que promete abundancia. Cuando estoy ofreciendo al Mantecas la mitad de lo que me pide por una habitación para que de esta forma sólo se lleve el doble de lo que realmente vale, alguien, que al parecer ha estado escuchando, dice a mis espaldas:

—¿Tú eres un chanchito (cerdo) español? —sorpresa que rápido se torna en temor—. ¡Qué!, ¿ya os habéis gastao to-

tendría la deferencia de invitarme a desayunar y desvelar los hechos: «El Estado peruano tiene delimitadas unas reservas para uso exclusivo de las tribus nativas. Como las reservas comanches de Estados Unidos. Todo se ha complicado al aparecer el maldito oro. Los indios tienen derecho a la explotación agraria y preferencia en la del subsuelo. Pero esto está un poco oscuro, mientras que, por el contrario, está claro que el presente Gobierno, debido a los altos índices de inflación, necesita divisas, así es que ha concedido la ex-



La pobreza de la zona se hace más patente en los niños. Los sacerdotes dominicos españoles llevan a cabo una dura labor en Shantuya, sin demasiados medios.

plotación minera del subsuelo a una empresa estadounidense, saltándose los derechos de los indios, que lo explotarian muy lentamente por lo rudimentario de sus métodos. Como nuestra tarea es ayudar a los nativos que ni pueden ni saben defenderse, hay gente muy interesada en difamarnos. Lo que te han contado del padre Adolfo Torralba va por ahí.»

Alejandro Cárdenas es un antiguo militante del Partido Aprista, que vivía en Callao, con su mujer. Cuando vinieron tiempos de revueltas tuvo que huir a Brasil, y como su exilio duraba más tiempo del deseado, decidió casarse de nuevo. Hoy es un tranquilo patrón, el *Mantecas*, que vive aquí, en Boca de Colorado, con no sé cuál de sus dos mujeres y explotando una playa que le han cedido los nativos a cambio de utilizar éstos su herramienta de trabajo. Se tra-

Minero y reventar luego en la maloliente habitación comunitaria. Es en la fiebre del sábado por la tarde cuando se les ve deambular con unos niquis de *Coca-Cola*, que han comprado para confundirse entre los blancos, remangados a la altura de las tetillas, debido a la claustrofobia que les produce la falta de costumbre; con su cerveza de litro en la mano derecha y su reloj digital —que ni necesitan ni entienden— brillando en la mano izquierda, y además visiblemente satisfechos, como lo muestra la teatral sonrisa que les parte la cara de oreja a oreja, por haber cogido el último vagón que arrastra la veloz máquina de nuestra civilización.

De cuando en cuando, agitados por la sospecha de estar siendo engañados, los nativos que pactaron con el *Mantecas* hostigan a sus peones. Hoy voy a acompañarle en su visita de pacificación. Al iniciar la

El menú de hoy se compone de arroz hervido y un musmuki asado que cayó muerto por acercarse a curiosear por el campamento. El mono a la brasa tiene una siniestra expresión.

ta de una playa de descarga, perteneciente a un antiguo curso del río que la selva amazónica había deglutido vorazmente, para así ocultarla a los ambiciosos ojos de los hombres.

Pero un día apareció el *Mantecas* abriéndose paso con un largo machete y arrastrando una barreta de hierro de tres metros. Con la tenacidad del que sabe que encontrará lo que busca, fue hundiéndola en zigzag hasta que por fin golpeó el cascajo que delataba el antiguo lecho del Colorado. Practicó luego un *pique* y, con un amor casi maternal, lavó la muestra en su pala, hasta que la ansiada galaxia dorada fue destacándose sobre el negruzco cielo de *guincho*.

De diez a veinte gramos diarios le extraen los ocho *cholos* que contrató para que se lo trabajaran. Con las primeras ganancias, el *Mantecas* construyó el primer Hostal-Saloon de Colorado, donde los nativos pueden *chupar* cuzqueña pagando con el oro fresco que han bajado a canjear al Banco

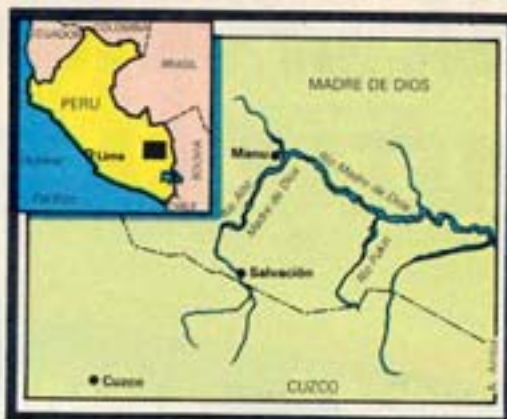
trocha que, atravesando la selva, nos llevará a la playa de descarga, el *Mantecas* me aconseja que introduzca mis pantalones vaqueros entre mis calcetines para evitar que entre la isula, hormiga solitaria, de unos cuatro centímetros, cuya mordedura me haría revolcar de dolor. Cuando cruzamos la aldea nativa noto miradas hostiles. Uno de ellos se nos adelanta para evitar yo pensaba que la llegada del *Mantecas*. Pero más tarde, cuando las mujeres nativas cogieron palos y corrieron con ellos en alto detrás de mí, pude apreciar su odio hacia los *gringos*. Todo se sosegó cuando Wido, compañero del *Mantecas*, logró atajarnos, que a mí ya no me pesaba el equipo fotográfico ni un poquitín, y decirles que yo era misionero.

Para llegar al cascajo, estos hombres de bronceo cuerpo tienen que mover las toneladas de tierra que, con una altura de tres metros, se han ido acumulando sobre éste, desde el día en que el río cambió de

curso. Luego transportan el cascajo en una carretilla hasta la tolva para lavar las piedras, que se botan, mientras que el fino *guincho* pasa la criba y queda retenido entre las hebras de un rústico saco de esparto extendido sobre la cola levemente inclinada de la tolva. El cazo de *chivé* va rondando de boca en boca. Se trata de una mezcla de fariña y chicha morada que sirve de refresco y frena el apetito hasta la hora de la comida.

El menú de hoy se compone de arroz hervido y un *musmuki* asado que cayó muerto de un tiro de Winchester por acercarse a curiosear el campamento. La siniestra expresión del mono me recuerda a la de un niño asado vivo, y tengo que tragar saliva varias veces antes de, con los ojos en blanco y el estómago a 15 metros de la boca, deglutir el primer bocado.

Un minero joven, que no puede contener la risa, me cuenta que más abajo, antes de llegar a la desembocadura del Inambari, explotan su playa Alfonso Pérez y un tal Sanabria, patrones de tal mala fama que tienen que ir a los



Mapa de Perú y detalle de la zona del departamento Madre de Dios, donde nuestro reportero ha convivido con los hombres que rastrean los viejos yacimientos de oro de los incas.

departamentos de Puno, Arequipa o Juliaca en busca de peones. Allí contratan a diez o doce jóvenes en paro por sólo tres meses y luego les endeudan con el fin de obligarles, ya sin contrato, a seguir con ellos toda la temporada.

«Ese *chanchito* nos reventaba a latigazos y luego no nos daba más comida que arroz con plátanos y un pedacito de *chilona* (carne seca de carnero viejo). Así es que una noche dije: "¡Qué carajo, prefiero la jeta de un tigre!", y me escapé por la selva. Estuve tres días perdido comiendo orugas blancas, castañas silvestres y

raíces. ¡Putá si pilló entonces este *musmuki*!»

Por la tarde, y bajo la supervisión del Mantecas, se realizan las tareas de frotación, bateado y fogueo, que sorprenden por su sencillez e ingenio. La frotación es el paso clave, aunque precisa de poco tiempo. Consiste en rociar con mercurio el *guincho* acumulado a lo largo de varias clarificadas de la tolva y restregarlo luego insistentemente de forma que se mezcle bien con el oro en polvo y forme la ansiada amalgama de mercurio-oro. El bateado es sin duda la operación más bella de todo el proceso de extracción. Senta-

do al borde de un arroyo cercano, el minero introduce unos puñados de *guincho* azogado en una especie de sombrero chino de cedro que, invertido, flota sobre el agua. Con la habilidad y la precisión que supone una práctica continuada, agita luego la batea de manera que, ora entra agua limpia, ora sale ya ensuciada con el negruzco cieno. En unos segundos comienza a bailar en el fondo una perlita de brillo metálico que va engordando al son del chapoteo debido a las invisibles pero pesadas gotitas de amalgama que se unen en el vértice de la batea. «Si no fuera por estos granitos que asoman por un lado —me dice el Mantecas parecería purito mercurio, ¿eh?— Pues verás: aquí se ocultan por lo menos diez gramos de oro.» Se saca un pañuelo del bolsillo, echa en él la amalgama y la retuerce sobre un plato de porcelana en el que van cayendo multitud de bolitas de mercurio. «Esto es ya casi todo oro», dice mostrándome el cuerpo amorfo que ha guardado en el pañuelo. «Ahora sólo falta foguearlo bien en una llama para que el resto del mercurio se evapore, y... al banco, no más.»



PEÑASCAL®

Nacido con Imagen

ULTIMOS GALARDONES OBTENIDOS

MEDALLA DE ORO

VI Concurso Enológico Internacional
MILAN, 1982

MEDALLA DE ORO

A la Calidad Internacional de
Bebidas Alcohólicas - MADRID, 1982

MEDALLA DE ORO

Monde Selection. BRUSELAS, 1982



BODEGAS PEÑASCAL

Tudela de Duero (Valladolid)

Oficinas en Madrid: HIJOS de ANT.º BARCELO, S. A.

Francisco Silvela, 21 - Tel. 401 52 58 - Telex: 23450/BARLO-E

MADRID-6